

DEL CLARÍN ESCUCHAD EL SILENCIO



Orlando Luis Pardo Lazo (La Habana, 1971). Escritor, fotógrafo y bloguero cubano. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) desde 2002. En Cuba publicó los libros de cuentos *Collage Karaoke* (2001), *Empezar de cero* (2001), *Ipatrías* (2005) y *Mi nombre es William Saroyan* (2006). Fue ganador del concurso nacional de cuentos “La Gaceta de Cuba” (2005), con «Cuban American Beauty». Su libro de cuentos *Boring Home*, ganador de una Mención en el Premio UNEAC 2007, fue retirado de la imprenta por la editorial Letras Cubanas a finales de 2008, como penalización por autopublicar provocaciones políticas en su blog *Lunes de Post-Revolución*. Desde 2013, imparte conferencias sobre política y literatura cubanas en universidades norteamericanas y europeas. Editó y prologó las antologías de nueva narrativa cubana *Generation Year Zero* (Sampsonia Way Magazine, Pittsburgh) y *Cuba In Splinters* (O/R Books, New York 2014), ambas traducidas al inglés. Fue Profesor Adjunto de Escritura Creativa en Brown University (2015). De 2015 a 2016 fue becario de ICORN en Reykjavík, Islandia, donde trabaja en terminar su primera novela. A partir del 2016 realiza un doctorado en Literatura Comparada en Washington University de Saint Louis, Missouri, Estados Unidos.

Orlando Luis Pardo Lazo

DEL CLARÍN ESCUCHAD EL SILENCIO

59 POEMAS DE AMOR

Y

UNA CANCIÓN CONTRARREVOLUCIONARIA



De la presente edición, 2016

- © Orlando Luis Pardo Lazo
- © Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Diseño de portada: Rolando Pulido
Edición y maquetación: Ladislao Aguado
Diseño de colección: Hypermedia Ediciones

ISBN: 978-1533556158

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A los cubanos sin Cuba,
que son todos.*

*A Oswaldo Payá (1952-2012) y Harold Cepero (1980-2012),
que son la excepción.*

QUERIDOS AMIGUITOS, PAPAÍTOS Y ABUELITOS

Como toda patria que se respete, la nuestra es un cementerio sin sentido. Uno a uno dejamos ir apagando los hombres y mujeres que marcaron la historia, los que brillaron con luz personalísima en la Cuba de verdad, la del corazón que duele y no olvida: la Cuba íntima del alma de lo que se ha vivido como nación, su sueño susurrante y secreto, su pesadilla peor. Y no la Cuba esa de la demagogia a gritos, mitad guerrerista y mitad popularecha, que aún es tildada de «Revolución» por una élite tipo mafia, asombrosa aleación de guajiros bárbaros con burguesones arribistas y tiratiros sin escrúpulos.

Como todo totalitarismo que se respete, tuvimos horarios estrictos que aún hoy se conservarían en todo el territorio nacional, de no ser porque el socialismo tuvo la demorada decencia de suicidarse para nunca más retoñar. Al menos no en Cuba. Y uno de esos horarios implicaba a las mañanitas de los domingos más decadentes del mundo, los domingos perdidos para siempre en una Isla que ya solo existe en nuestra imaginación, la que a su vez se apaga de uno en uno con cada cáncer y cada corazón cubano que hace crac. Tú sabes, estoy hablando de *La Comedia Silente*, del ventrílocuo Armando Calderón.

Nunca mejor dicho, porque *La Comedia Silente* no era ni remotamente aquel metraje del Charlot de los años mil novecientos diecitantos con la First National, la Keystone Comedy Film o la Mu-

tual Film Corporation. Ni tampoco los clásicos de Buster Keaton, ni mucho menos El Gordo y el Flaco, entre otros genios mudos, por entonces anónimos en mi ignorancia de infancia que a la postre nunca creció. *La Comedia Silente* a la que asistíamos maravillados en aquella Cuba desaparecida, en nuestros televisores soviéticos de factura horrenda, era obra y gracia de su exclusivo autor, un señor en traje y corbata llamado Armando Calderón, a veces con un primitivo reloj digital ponchado a su derecha, en un *set* que era nuestro pesebre de chamacones de pubis lampiños.

El «hombre de las 1000 voces» tuvo en realidad mucho más de mil. Su gama vocal, de escaso matiz fónico, era increíblemente infinita. Con su único registro bipolar de damisela raptada o de matón gratuito, este anciano jamás narró dos veces igual un mismo episodio, que editaba como al azar *in situ*, manipulando las cintas según estas se iban pudriendo en los archivos de un sistema con dinero para poner a un soldado a cantinflear en el cosmos, pero no para cuidar de un tesoro fílmico que era patrimonio universal. *Vade retro*, ICAIC!

Para colmo de talento, si se compara con los actores actuales, donde ningún locutor cubano es capaz de pronunciar una frase sin leerla sobreactuadamente (el peor ejemplo sería el simiesco Serrano a sueldo del noticiero nocturno), Armando Calderón grababa en vivo sus disparates, sus broncas de merengues y fotingos destimbalados entre los vecinos de la Calle de la Paz, sus novias lánguidas *art-nouveau*, sus pillines y policías, toda una crónica anacrónica de esa utopía llamada los Estados Unidos de América, nada menos que en aquella Cubita decrepita donde el monopartido comunista te sancionaba de por vida si «mantenías correspondencia con familiares en el extranjero» y no lo confesabas en cada interrogatorio laboral o escolar.

Todos los domingos, como en la canción de Carlos Varela, amanecíamos en otra ciudad. Una ciudad paupérrima como La Habana ruralizada de entonces, pero donde el sentido de

la aventura fílmica aún nos permitía respirar. Nuestros dioses, como en otra canción del mismo trovador, eran Charles, Cara de Globo, Soplete, Barrilito y Barrilón, el gordo Matasiete, Pellejito, el Conde de la Luz Brillante y el inevitable charlestón, hecho sin instrumentos musicales, sino a golpes de labios de Armando Calderón, quien se consumía ante nuestros ojos, pero la canallita de fiñes ni siquiera lo notábamos.

Aullaba, sonaba latas y cascos, soplaba armónica y a veces solo el aire de una sirena, tintineaba chapitas y alambritos recogidos en algún Plan Tareco, disparaba tiros *gang-gang*, fingía fotutos y orgasmos antes de que nadie en su audiencia mocosa hubiera tenido uno, chasqueaba la lengua entrenada quién sabe en qué oficios del capitalismo republicano, mientras se le iba rayendo su eterno traje y la corbata le colgaba como un nudo mal hecho de ahorcado.

Nuestro caballero renacentista que se hacía un cáncamo en cámara, carecía del presupuesto británico de la futura serie *El Narrador de Cuentos* y, sin embargo, no tenía nada que envidiarle en términos de motivación creativa. Así y todo la TV cubana, la más mediocre y represiva de las instituciones culturales del Caribe, la que puso sus antenas desde el inicio en manos del Hegémono en Jefe de nuestra Historia, se dio el lujo de sancionar más de una vez a Armando Calderón, acaso para que acabara de momificarse y despedir su duelo en silencio, como le correspondía a este mago de la mudez.

Su época técnicamente se había acabado: recomenzaba, después de un atraso humillante para la patria número dos de la televisión en América, la transmisión en colores en Cuba. De manera que los necios adolescentes que éramos, tampoco íbamos a tolerar ni un segundo más en blanco y negro de la mejor fotografía de cine. Ideología viene de idiotas.

Fuera el alcoholifán hepático de la bodega o fuera un tumor en las cuerdas vocales por el esfuerzo de décadas, simplemente no notamos metamorfosis maligna. El dueño de nuestra divina

Comedia Silente local se diluía en uno de sus propios personajes muertos durante casi un siglo. Pero la vida era entonces eterna para mi generación, por lo que el destino de las mañanitas de domingo no nos importaba «ni pinga, queridos amiguitos», como dicen que dijo un día en vivo por la emoción de su *performance* antes de la *performance*.

Adiós, maestro Armando, cándido Calderón sin barca. Del clarín, escuchad el silencio, niños y niñas convertidos enseguida en adultos adúlteros y adulterados. Espéranos en tu cielo de tramoya, por favor, a la diestra de un dios cinéfilo y silente. Los amiguitos ahora somos ya abuelitos, más que papaítos. El ruido de la Revolución por fin dejó de ser ensordecedor. Y cada domingo mudo de diáspora te extrañamos, rodeados de estos extraños nuevos que de pronto dicen ser nuestros familiares.

¿QUIÉN ERES TÚ, VIRGENCITA?

Pobrecita la muñequita de maderamen y oropel, tan zarandeada a lo largo y estrecho de miles y miles de kilómetros. Anoche la vi, en Lawton. Y fue sobrecogedor.

Por ella y por lo mortecino del ambiente. Un barrio enrarecido desde el talante de sus sub-ciudadanos hasta el cielo que se comba allá arriba, apuntalado por los postes de luz pastosa y pobre. La luz y las casas como cuevas. La luz y los rostros como muecas. La luz y la sensación de que ninguna de esas biografías en masa debería llamarse humana, mucho menos de Dios (animalia amorfa, ignorante por su desmemoria, presta a despingar al prójimo a la primera oportunidad).

La luz que solo brilla en las sirenas de los patrulleros *Made in China* y en las lentejuelas de la brigada motorizada de Tránsito. La luz que solo tiene filo, ya que no fe, en los ojos procaces de tan proactivos de la Seguridad del Estado que «atiende» esta «actividad».

A las siete de la tarde comienza en Cuba la medianoche en el horario de invierno. Al parecer, la gente estaba dispuesta a cantarle las cuarenta a cualquiera, histeria de entretenimiento para recibir por todo lo alto el fin de semana, como si de un concierto de reguetón se tratase (la vestimenta de los jóvenes así lo ratificó).

Los autos apenas desaceleraron bajo el semáforo, aunque la esquina de 16 y Dolores era un mar de cuerpos. Oí mujeres mentar la madre de los choferes. Vi golpear los capós (es una es-

cena fetiche del filme *Midnight Cowboys*). La peste a bronca no se diluía, sino que añadió su picantico patrio a nuestro pedestre concepto de devoción.

Nos acordamos de la Virgen cuando viene. Es decir, una vez en cada Revolución.

Y, en efecto, en su urna de cristal o acrílico, como una Pilar de escudo en ristre, casi zalamera de tanto sermón, venía muy envuelta ella entre la bandera del Vaticano y la de Bayamo, ese trapo heroico sin bucolismos de Byrne (nuestra bandera de la barbarie, que ya no amamos ni aunque nos amarren, por ser fuente de toda la demagogia que hermana a dictadores con demócratas en una patria a la urrarrá.).

La anonadada María insular pasó al cabo en su automóvil de alquiler, desde la capilla cuidada por las monjitas de calle Concepción, mucho más allá del paradero de Lawton y las líneas férreas sin uso y un río Pastrana ya putrefacto, en esa cabeza de monte retro-industrial que invade a la capital desde el mismísimo Cordón de La Habana.

Virgen mambisa. El corre-corre. Cláxones, cánticos, aplausos, altoparlantes con prédicas improvisadas para la procesión. Es la virgencita del cobre o un clon carismático que igual viaja desde allá, aunque se dio una caída del carajo en Matanzas. Usan una sogá para mantener a raya a los fieles. Hacen círculos humanos entrenados en la parroquia, con hombres envejecidos y algo sospechosos en su jerga cuasi-militar pero de inspiración cristiana, más sus ropitas de los años setenta que incluye un cinto «de salir» a la altura del ombligo. ¡Qué chea es Cuba, compañeros!

Collage al crudo: ¡coopere con el creyente cubano! Es un juego de máscaras donde el Cardenal Jaime Ortega sale debajo de sus propias mangas y camina calle B arriba hacia la avenida de Porvenir, hasta doblar a la derecha en calle 10, donde yace un convento decomisado que conservó solo su iglesia. Entonces el purpurado habla.

Nuestro hombre en Roma luce exhausto tras el micrófono. El Cardenal sabe que Cuba ya no lo quiere, por cobarde prime-

ro y cómplice después (entre otros secretitos de closet que solo maneja la Oficina de Asuntos Religiosos del Comité Central de un partido sin dios, el Comunista). Tampoco nadie le presta demasiada atención a Jaime, que cardo ni ortega cultiva, y un borrachín le besa la mano y los seguratas devuelven por los aires a este devoto hasta su no-lugar en la acera.

Y es lógico que la palabra de un anciano no enganche a Cuba esta noche (ni la engañe): la diva divina de hoy es Cachita Super Star. Además, Ortega, desde que rebotó por última vez en la televisión cubana, casi sin créditos ni promoción, continúa alabando a Antonio de la Caridad Maceo y Grajales: militar decimonónico que, antes de salir a matar a machetazos, siempre revisaba tener en su pecho de mulato almidonado una virgencita de noble metal. Esos son nuestros héroes. Una edad de horror.

Entonces deja de hablar el cabeza de la Iglesia Católica en Cuba. Y por fin es nuestro turno a solas con la incivilitud. Y un buen baño de vandalismo nos damos, escachándonos contra las rejas del templo y sus escalones, secuencia de cine no silente sino chillón. Cientos, miles. Niñas, ancianos. Un señor flaco, cuya madre me aseguró que recién se había infartado. Una señora negra que alcé de entre la oleada de piernas que la hubieran aplastado (sangraba de las pantorrillas). Y otra vez palabrotas, sandunga sancta, compasión a cojones.

Los clérigos y seminaristas vociferaban con una dicción demasiado correcta para ser violenta, casi excomulgando a sus feligreses con sentencias de maestro de escuelita primaria, al estilo de «si no se portan bien, no habrá virgen para nadie en el barrio». Asistíamos a una especie de avalancha de la Final de fútbol o acaso a un concierto en CUC de tipos duros a los que no los detiene nada.

Esta es nuestra materia prima innegable. A golpes de mayorías no se puede imponer un mito a perpetuidad, sean los evangelios canónicos o *La Historia me Absolverá*. Pero a este decorado le falta la brigada élite de la policía, las tropas especiales para perpetrar la paz en pleno Período Especial.

Es obvio que al Estado cubano le interesa que la Iglesia Católica sepa que tantas procesiones al año, más temprano que tarde podrían acarrearle una tragedia (mujeres desmayadas, bajones de insulina, broncas de varones, etc.). Y la autoridad nos deja espachurrarnos un rato en polifonía de quejas y maldiciones, pero lo único que no puede resonar aquí es otro tipo de palabrota peor: por ejemplo, «Libertad».

Y justo es la hora en que unos tipos me increpan que por qué todas mis fotos van de picada contra el pugilato popular. Discutimos entonces sobre la pertinencia de la verdad. Les hago notar mi pulóver blanco de «Laura Pollán Vive». Se arremolinan y aprestan para rodearme, mientras una mujer trata de distraerme y se desgañita interrogándome que quién me paga (tiene el argot de una agente del serial televisivo de la contrainteligencia *Las Razones de Cuba*). Pero yo ya estoy dentro del templo y me refugio junto al altar mayor, a retratar las caras bendecidas por un padre italiano, cuya decencia no puedo adjetivar sino de democrática.

No por gusto tengo una credencial de trabajo para hacer clic sin que me roben o ripeen la cámara «por error». ¿Y la virgen, y la virgencita madre de todos los cubanos, incluso antes de que existiéramos los cubanos? ¿Qué pinta esta pobre Virgen perdida en su propia procesión?

Cada rezo y cada lágrima son acompañados de una foto hecha con celular. La Caridad es así un poco pop ante tanta fruición mediática. El síndrome de Nokiaridad. Su talante celestial le luce un tin tímido, a pesar de la piel morena, madera pulcra y extrovertida: Ceciliamente es una Valdés. Y, con cierto pudor de palo, diríase que nuestra virgen se tapa islámicamente bajo su manto de reina maga (nadie sabe cómo estará tallada su desnudez bajo la lentejuela amarilla ritual).

Tal vez se le dificulte interpretar si esos esta noche que la idolatran son súbditos de Dios o de la Nada. Tal vez sepa más de cuatro cosas sobre nuestro mañana (de ahí su rictus triste intangible). Tal vez Ella se sienta tan sola como cuando apareció flotando, condenada a cargar a ese bebé que no crece de cara a la eternidad y que, aunque no coge ni comején, pocos cubanos lo conocen de corazón.

Pobrecita, pobrecita la virgencita cubana, tan frágil, tan rodeada de un holocausto de flores (pétalos con ese olor tan premonitorio de funeraria), tan vulnerable, tan esperanza, tan tun-tún quién es, tan mi madre.

Pobrecita la virgencita rodeada del cubanacho medieval, obligada al insomnio de los ventiladores de donación, tapiada bajo esa musiquita falsamente alegre para cuando venga a nosotros Su reino (y no se haga más nuestra voluntad), azuzada como una prófuga por el intermitente apagón que acechaba al convento decomisado y convertido en escuela, porque justo así es cómo narra el Estado totalitario: subiéndolo y bajándolo el catao de la incomunicación.

Pobrecita nuestra Cachita, invisible bajo la mirada codiciosa de la turba, dispuestos a darse machetazos de Maceo a cambio de un milagro de calidad.

Pobrecitas nuestras vidas de virgen, tú y yo tan cubanos y que nadie en Cuba se entere todavía. Porque con ponerte un par de velas caras y pedirte una visa para los Estados Unidos, ya están felices en su fe fácil. Y fósil.

Ay, mi amor, que nadie nunca te hablara de amor. Nadie en la Isla ni en el Exilio supo jamás quién eras. Ahora, por ejemplo, me leen como leguleyos lelos y la emprenderán contra mí. Pero tú y yo bien sabemos que esa noche nauseabunda yo y tú nos reconocimos en secreto por primerísima vez. Y nos hicimos devotos mutuos, mi amor.

Virgencita efímera de mi alma que ya se alza hacia ti. Virgencita de verdad, no deípara sino distópica. Madre de toda nuestra orfandad. Memoria de nuestros miedos. Ilusión de una infancia incrédula de tan curiosa. Por favor, no me dejes solos con quienes dicen que de toda la vida han creído en Ti.

ESPÉROME EN EL CAPITALISMO, MI AMOR

«Nunca más vas a entrar a Cuba», le dijo la cónsul cubana con sarcasmo a mi amiga. A mi amiga ex-médica «quedada» en Chile, primer país democrático de Latinoamérica, casi del Primer Mundo.

Deberían expulsar a esa cónsul de ese país perfecto como un pelo. Deberían, como excepción, desterrarla también de Cuba. Por cruel, por descarada, por violadora, por aterrorizar a nuestra ciudadanía dejándola a la intemperie a lo largo y estrecho del mundo.

Tengo el nombre de esa cónsul. Y no se me va a olvidar nunca, compañera. Y a la primera oportunidad haré una reclamación ante la instancia jurídica internacional que proceda. No por cruel, ni por descarada, ni por violadora, ni por aterrorizar a nuestra subciudadanía en el mundo. Sino simplemente por mujer mala que se burla —como todos los cargos públicos en Cuba— de nuestra propia constitución. Y de decenas de convenios internacionales de diplomacia.

Mi amiga ex-médica me llama al móvil habanero desde su exilio reciente, llorando, y me dice que no puede ser verdad, que había oído casos así, pero que siempre había una justificación que ella entendía, aunque no compartiera esas injusticias, casi siempre por cuestiones «políticas».

Esto, Landy, no puede estarme pasando ahora a mí, que jamás me he metido en nada..., y me implora que le diga ideas de qué hacer para regresar aunque sea de visita a su hogar, don-

de toda su familia se desespera. Que la consuele un rato, en lo que se consume su tarjeta telefónica desde el Cono Sur, como cuando ella me llamaba a La Habana desde el campo, en aquella epocuita paupérrima donde nos amamos en cuerpo y alma con más intensidad que el amor a la patria (esa puta disciplinaria), hasta que un día mi amor médica de pronto me abandonó, para de pronto irse a otro hemisferio, llorando como ahora en mi celular, con papeles de «visita» para finalmente «quedarse», y convertirse, sin darnos cuenta, en mi amiga ex-médica virtual.

Que le cuente algo lindo, susurra con voz rajada. Que no le diga nada, se contradice, que solo la escuche un rato y la deje sentir mi respiración. Y, por favor, Landy, tú sabes, me advierte entre pucheritos, ahora que estás metido en la locura esa de los blogs, que no escriba ni media palabra, ni media sílaba, que no politice su caso, porque ponerlo en voz alta puede ser mucho peor...

¿Peor que la respuesta rabiosa de esa cónsul contracubana?, pienso, pero a la postre obedezco y no le respondo nada a mi amor. Porque para mí siempre, tú también lo sabes, seguirás siendo en secreto mi amor sin prefijo ex.

¿Qué hacer? ¿Contra qué muro rompernos la cabeza por tanta culpa humillada, bajo un poder déspota que borra de nuestra historia a sus mejores hijos (a mí y a ti, por ejemplo)? ¿Por qué tortura así al pueblo cubano un Ministerio de Relaciones Exteriores corrupto y desmesurado, políticamente de patas abiertas a la policía política, a la voluntad de uno o dos o una decena de hombres, y recientemente compinche de los magnates de Washington, DC? Estamos vivos, ¿recuerdan? Los vamos a sobrevivir, ¿recuerdan? ¿A dónde quieren llevarnos con esta ristra de odio entre hermanos? ¿Acaso a una guerra incivil? Ojalá. Ya debería ir siendo hora de cierta acción.

Mi niña graduada en una universidad ultimada por la Revolución, mi amada de perfil facebookiforme en la noche gmail, muchachita que ya eres mujer a fuerza de que te cierren la puer-

ta en la cara en una embajada en bancarrota, mi yerbita rockera de los desiertos recónditos y las sabanas de pronunciación exquisita de ese país, mi anónima florecita de ese destierro que te impuso la benevolencia de una diplocastrista, la que para colmo te explicó que tú no estás exiliada, como los chilenos o los salvadoreños en su época de comunismo en ciernes, no: la tipa te dijo que a los hondureños o guatemaltecos los burgueses bien pagados por la CIA les pegaban un tiro en la nuca y ya, aunque-pero-mas-sin-embargo a ti el Estado proletario cubano te ha perdonado la vida, pero no la biografía.

Mi amor, te prometo nunca escribir nada en mi blog de ti. O, mejor, te prometo que si lo escribo, como de costumbre cuando podíamos olernos de madrugada la piel, entonces solo podremos notarlo tú y yo (y esa cónsul canalla, por supuesto, que serán ahora todas las cónsules de la Cuba canalla, porque la verdad no la pueden comprar como a esos tarequitos de pacotilla con que atiborran sus apartamentos de lujo en nuestra Habana, letra muda que ellos mismos han ido dejando no tan náufraga como huérfana).

Mi amor, te tocó. Se nos acabó la cuerda y la inercia de infancia. Crecimos, pero no supimos escapar del horror de Cuba sin caer en el horror de los cubanos. El sarcasmo de esa funcionaria del MINREX era sinceridad a secas. La cónsul cabrona tenía razón: nos equivocamos de casa tú y yo.

Tal vez te lo dije antes de que cerraras los ojos de tanta desesperación y echaras a ciegas a correr: *no vuelvas*. Y recuerdo haberte dicho aún más con el corazón haciéndome *crac* en la mano: *si te vas, es para no darle más vueltas a nuestro pésimo pasado (de eso me encargo yo, que soy el peor)*. *Sé otra, sé libre. Cásate con la falda de un volcán. Cuba es estrictamente una maldición. Sé linda, sé joven. Sé comunista acaso, porque ni siquiera eso te permitieron serlo de verdad aquí, a pesar de tu carnet de carmín. Ama en otros ese amor nuestro de trenes interprovinciales que se nos descarriló. Chu-chuá, chu-chu-á... Tiembla a cielo abierto. Pare niños no cu-*

banos lejos del socialismo gratuito y de un Castro que nos impuso un precio impagable para salir de él. No crezcas, no envejecas. No dejes de vivirte en mí. Pero no le repitas a nadie las frases tuyas que fueron en otro planeta solo para mí.

Y, por supuesto, mi amor, espérame en el capitalismo (en uno de esos capitalismos con alma). Espérame con paciencia, porque ya estoy allí. Y porque tú bien sabes que por más que Landy lo intente, amor, tampoco nunca del todo estaré.

Cuba nos descolocó. Nos colgó. Hasta la próxima tarjeta telefónica del Coño Sur.

GABO Y YO

Dos veces conocí en persona a Gabriel García Márquez. En Cuba las dos, en los años cero o dos mil.

Él entraba y salía como «Gabo por su casa» de la Isla de la Libertad, fornicando divas, donde año tras año a muchos nos negaban sin explicación el Permiso de Salida para viajar al exterior. A mí y a miles de ciudadanos, sin causa judicial. Así como a millones de exiliados cubanos le niegan el Permiso de Entrada, pues ninguno puede vivir permanentemente en Cuba a menos que pidan el largo y tortuoso camino de la «repatriación» (ni siquiera se les reconoce ninguna otra nacionalidad).

Por entonces ya no existía la Revolución Cubana, por supuesto. Deshabitábamos en una especie de inercia disciplinaria, mitad hedonismo y mitad horror, a la espera de que el Comandante en Jefe se desmayara tras los micrófonos, fuera picado por un mosquito que le provocó linfangitis, se rompiera la rótula en ocho pedazos tras su caída antológica, y finalmente sus intestinos se le reventaran con sangre fecal (todo lo cual aconteció, de hecho, pero ahí sigue aún sobre sus pies «El Caballo», casi senil, pero rebautizado ahora como «El Caguairán»).

Mi más reciente macondazo con García Márquez fue en una celebración de esos cursos de guión para izquierdistas de la semidesaparecida Escuela Internacional de Cine y Televisión (EICTV), en San Antonio de los Baños, al sur de La Habana, en

el 2006. Durante la velada, Gabo lucía eufórico más que afónico, y jugaba a ser un Chaplin chapucero con los cubiertos de nuestra última cena en comunión.

Lo vi encasquetarse entonces unas orejas de conejito sobre su cana cabeza. Su esposa no parecía andar por todo aquello, por suerte. Lo rodeaban —lo rodeábamos— jóvenes ilusos de mirada limpia de cara al futuro: gente sin memoria de los cadáveres en el closet que implica todo *boom* cultural.

Es sabido que no hay arte inocente. Que la literatura es bien culpable al respecto. Y que por eso mismo es un arte tan humano, demasiado humano, que se confunde con lo social.

Me le acerqué y le dije a GGM:

—Ni se le ocurra vomitar un conejito, Maestro, o sería una parodia pésima de Cortázar.

No sé cómo me atreví a semejante lance. Rieron —reímos— en grupo, sobre todo las muchachas que iluminaban la escena. Y El Gabo era también todo cuacuacuá entre aquel coro de talentosas inéditas. Olía a virgen (esta es o debió ser la primera línea de algún cuento de él). Creo que las toqueteaba por debajo de las mesas, como un adolescente incontinente. O acaso ellas, muy a lo Fermina Daza le tanteaban su penecillo florentinesco a él.

Creo que todos fuimos felices esa medianoche de despedidas. No recuerdo que nadie mencionara nunca la palabra «fidel». Vivíamos en un estado de postcastrismo *naif*.

Confieso que me dio gusto verlo brillar de puro macho, al margen de ideologías idiotas y fidelidades fósiles. Como si por primera vez, en semi-cien años de socialismidad, Gabriel García Márquez se sintiera libre dentro de la Cuba que él quiso tanto y que tan poco entendió.

Ni siquiera respondió a mi provocación. Es casi seguro que ni me viera en mis revoloteos de autor amateur. A lo mejor me confundió con una de sus alumnititas ávidas de ser des/cubiertas como talentos por pulir (y yo lo era, como es obvio, todavía lo soy: una

pupila de provincia, un lector-hembra de pasividad proustiana, que hace de su prosa impaladeable un vicio más que una virtud).

Esa fue nuestra última vez, de La Habana a la eternidad. Adiós, Gabo querido e inquerible.

Pero mi primer macondazo fue un poco antes, en el invierno inverosímil de diciembre de 2002. Cruzábamos la Plaza de Armas y lo vi. Él iba como de la mano de Eusebio Leal Spengler, ese buitre de sacerdocio ninfómano que era o es el Historiador —Expropiador— de la Ciudad: un déspota decimonónico con ínfulas de castrismo *cooltural*.

A mi lado iba un escritor maldito, Jorge Alberto Aguiar Díaz (JAAD), recién censurado por formar parte de la Agencia Decoro de Periodistas Independientes, dirigida por el que muy pronto se revelaría como el Agente Orrio de la Seguridad del Estado. La Revolución en su laberinto (luctuoso, languaraz).

JAAD cargaba en la mochila una de las últimas copias de su libro «Adiós a las almas», cuentos publicados por la editorial estatal Letras Cubanas, que enseguida los hizo pulpa por órdenes del talibán totalitario Iroel Sánchez, aquel impresentable presidente del Instituto Cubano del Libro (ICL), quien en el 2009 fuera expulsado por indisciplina o por corrupción a instancias del ministro de Cultura Abel Prieto (un tipo mucho peor).

Le arrebaté un *Adiós a las almas* a JAAD y crucé corriendo el parquecito del Casco Histórico de la ciudad. Lo dediqué al vuelo como si fuera mío (yo amo ese libro, y por tanto es mío) y detuve con mi cuerpo a la comitiva garcíaministerial.

—Maestro —desde el inicio tengo esa palabra en la boca para referirme al Gabo—: este libro es de un autor cubano que no cupo en el anaquel de las Letras Cubanas.

Y se lo entregué.

Eusebio se puso azul (él normalmente es verde). Pero García Márquez sonrió bajo el sol solemne de la mañanita aún no enmarañada. Parecía un profeta en paz. Un pez en su saluda-

bilísima salsa. Había vivido y contado lo suyo, por lo que no le debía nada a la literatura universal. Incluso se rumoraba sobre sus enfermedades, pero igual me dio la impresión de que GGM sobreviviría a Fidel, aunque Fidel desde antes del 2002 ya daba síntomas de no ser del todo mortal (de ser el último de los cubanos en convertirse en cadáver).

El Gabo aceptó el libro de JAAD como si fuera mío, me dio unas domingueras gracias de personaje garcíamarquiano, y siguió con sus acólitos hacia alguna institución oficial. Acaso hacia la propia oficina de Iroel Sánchez, pues el ICL quedaba a un costado de la Plaza de Armas, en el Palacio del Segundo Cabo. Solo espero que el irascible Iroel no le haya decomisado aquel ejemplar de *Adiós a las almas* al Premio Nobel de Literatura.

Y en este punto ya no tengo nada más que añadir. Bueno, sí. La dedicatoria decía: *Por la libertad de Cuba, ¿cabe la libertad de Cuba en su anaquel?*

Esa fue la pregunta que después no le hice al Gabo en una noche de conejitos y conejitas, todos contentos e incontinentes, en aquella arcadia ácrata que fuera alguna vez al sur de La Habana la ex-EICTV.